

De la tronera al frente,
y á tiro próximo,
el voladillo forma
ó nicho cómodo,
que, puesto en alto,
parece justamente
nicho de un santo.

—
Allí el pájaro embute
preso en su jaula,
que con los cordeletes
muy bien amarra:
quita el capillo,
y corre apresurado
á su escondrijo.

—
Miradas cautelosas
dirige al pronto
el cautivo entre alambres
por el contorno:
luego le anima
de los alegres campos
la perspectiva.

—
Y si, como presumo
y me conviene
sentar, un media espada
siquiera fuere,
presto olvidado
de su amarga clausura,
sale cantando.

—
Sus compañeros libres
en pos contestan
(al menos también quiero
que así suceda);
y viene entonces
un *allegro*, alegría
de cazadores.

—
Estos desde tal punto
ojos y oídos
son ya no más: el cuerpo
yace tullido.
Tal vez respiran,
pues contra sus deseos
pugna la vida.

—
Un lindo par, de súbito,
entra en plazuela;
esto es, bajo los fuegos

Tomo III.—Caza mayor y menor



de la aspillera;
tanto más rápido
cuanto que le provoca
rival extraño.

—
Aquí las ilusiones
agigantadas
brindan cercano el logro
de la esperanza.
¡Solemne trance!
¡Ocasión decisiva!
¡Supremo instante!

—
Da el cazador indicios
de movimiento:
extiende á la escopeta
los brazos trémulos:
acelerado
su corazón palpita:
suda, está pálido.

—
Pero debe advertirse
(vuelvo á mi tema)
que el par no enfila siempre
cual se desea;
y es oportuno
que al menos en la plaza
quede un difunto.

—
A la perdiz convienen
los preceptistas
en designarla como
primera víctima;
y ¡ay de los gansos
que disparan primero
sobre los machos!

—
Cuando á éstos deja viudos
el plomo aleve,
se espantan por el pronto,
mas luego vuelven;
pues de su amada
estrecha cuenta piden
al de la jaula.

—
Y el cazador, que espía
la coyuntura,
obtiene así dos piezas
en vez de una;
salvo excepciones

comunes á las reglas
de todo orden.

—
También las hembras tornan,
en caso idéntico,
buscando desoladas
al compañero;
más pocas llegan
á ponerse al alcance
de la escopeta.

—
Y aunque el galán cautivo
se despepite,
su seductor reclamo
nunca las rinde:
conducta esquiva
que de fieles consortes
las acredita.

—
Trascurrido algún tiempo
ya es otra cosa:
tienen naturalmente
flaca memoria.
Y ¿qué más vale?
¿verdad en chico duelo,
ó embuste en grande?

—
Sin que la acción directa
del hombre medie,
hallar perdices solas
es muy frecuente,
por resultado
de superar en número
sobre los machos.

—
¿Cuare causa? Lo ignoro;
y así me evito,
á guisa de pedantes
expeditivos,
salir con una
vaciedad; por ejemplo:
«Lo malo abunda.»

—
No se entienda el adagio
con las que, tristes,
«los ojos tenéis negros»
nadie les dice.
Sus cantilenas
al cazador auguran
segura presa.

Claro está: desdeñadas
á todas horas,
tan luego como un pájaro
las enamora,

—
y precedidos
los obligados dengues,
danse á partido.



La caza de la perdiz con reclamo

Al pronto, insinuantes
ellas procuran
que el trovador solícito
corra en su busca;

—
no presumiendo
¿ni cómo? que le opriman
rejas de hierro.

Cantan articulando
casi á las claras:
«Si de veras me quieres,
di: ¿por qué tardas?
Alivia, hombre;
ven á hacerme la rueda:
te corresponde.»

Mas viendo sus ternezas
desatendidas,
optan, como quien dice,
por la ofensiva.
De todos modos
rehusan alianzas
con el descoco.

Avanzan ocultando,
bajo pretextos
razonables, la audacia
de sus intentos:
caracolean,
porque al sexo no placen
las líneas rectas.

Y aun marchan indolentes
y distraídas,
y acá y allá despuntan
las yerbecillas;
siempre alejando
la sospecha de que anden
á *picos pardos*.

Cuando, por fin, se avistan
los dos amantes,
firman *incontinenti*
los esponsales;
y en tales bodas
el cazador se encarga
de echar las gotas.

Hay un error insigne
y harto extendido
en suponer que tenga
tan fiero instinto
que se complazca
el pájaro en que mueran
sus camaradas.

Al pobre encarcelado
le engolosinan

con dimes y diretes
las campesinas,
y le disgusta
que plantado le dejen
huyendo bruscas.

Por natural impulso,
todos lo saben,
volaría tras ellas
de buen talante,
como lo indica
el afán de romperse
la coronilla.

A la explosión del tiro,
por el contrario,
si ve que permanecen
aleteando,
vivan ó mueran,
la transición ocurre
menos violenta.

Pensar de las perdices
en otra forma,
es invención absurda
y aun calumniosa,
pues para ellas
eso de vida y muerte
son bagatelas.

Lector: después de todo,
¿qué tal? ¿Te muelo?
No te descorazonces:
sigue leyendo;
que muchas veces...
«donde no piensa el galgo
salta la liebre.»

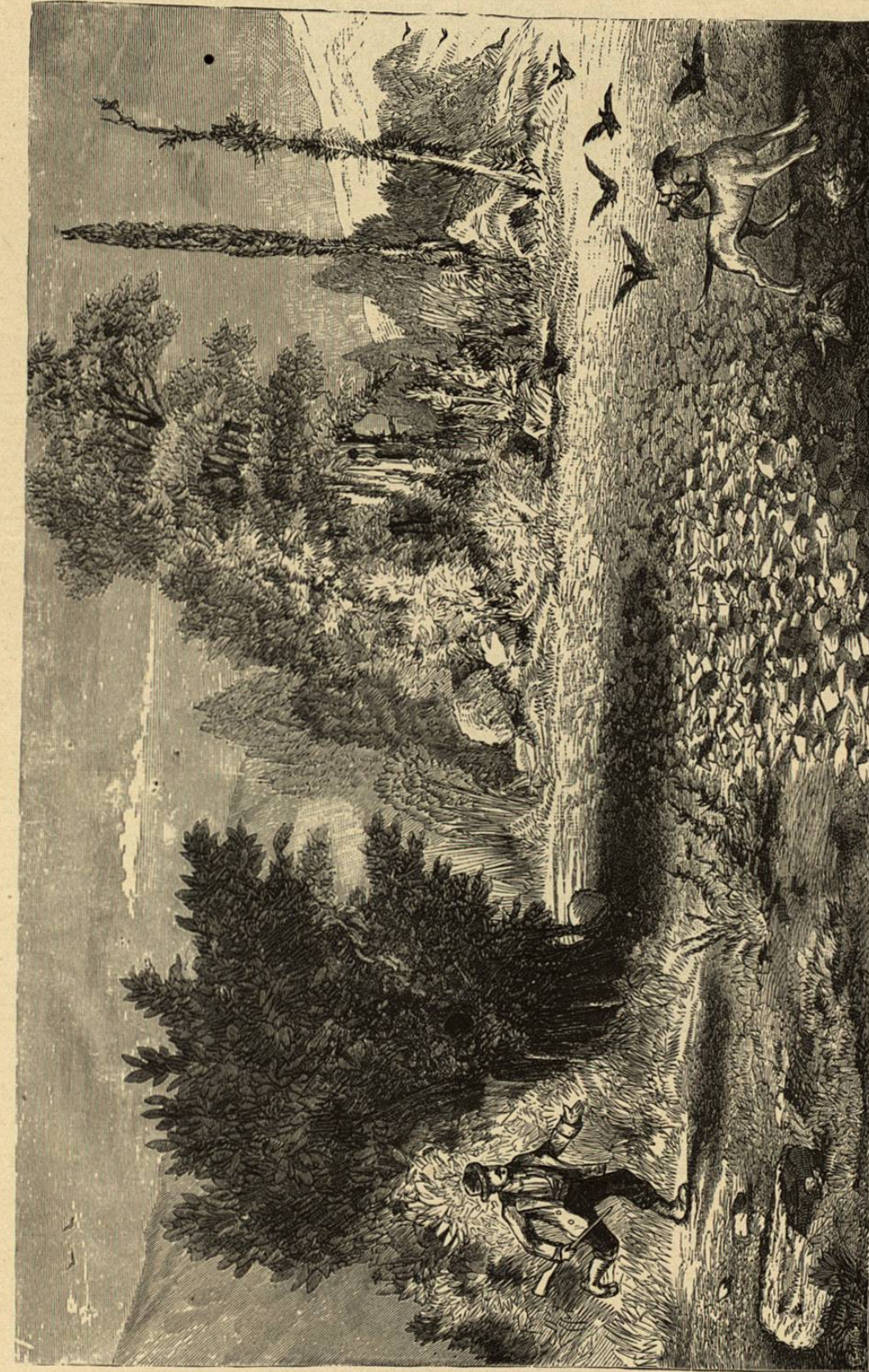
IV

Pocos cazadores podrán entre nosotros jactarse de conocer la caza del lagópedo, llamado más generalmente *perdiz de monte* ó *perdiz blanca*.

En los países del extremo norte, donde son muy abundantes, se emplea rara vez la escopeta para cazarlas. Como todas sus congéneres de la familia de los *traónidos*, son muy asustadizas, y procuran ocultarse

así que sienten la proximidad de un peligro. Por regla general, en invierno se ocultan entre la nieve, y los cazadores se aprovechan de esta circunstancia para apro-

ximarse hasta donde están y tender encima una red. Dando luego una palmada, se levantan y quedan presas entre sus mallas. Otros llevan unas varetas, á cuyo



Un día de fortuna

extremo ponen un lazo, en el que se prenden á tiempo de elevarse.

Los lazos puestos en las matas donde se cobijan hacen también sus presas.

Tomo III.—Caza mayor y menor

En la montaña del centro y mediodía de Europa no puede emplearse este procedimiento, porque son mucho menos frecuentes y no hay más remedio que recurrir al tiro para poderlas cazar, que es, á nuestro en-